



EXPERIENCIA  
Andalusí

GUADAJÓZ CAMPIÑA ESTE CORDOBA

# CRÓNICAS DEL GUADAJÓZ ANDALUSÍ

UN VIAJE POR LA MEMORIA VIVA DE  
LOS PUEBLOS DE AL-ÁNDALUS  
EN LA COMARCA CORDOBESA  
DEL GUADAJÓZ



Financiado por  
la Unión Europea  
NextGenerationEU



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE INDUSTRIA  
Y TURISMO



Plan de  
Recuperación,  
Transformación  
y Resiliencia



Mancomunidad de municipios

**GUADAJÓZ y  
CAMPIÑA ESTE**

# PRÓLOGO

Carmen había iniciado temprano su ruta de senderismo, siguiendo el curso del río Guadajoz y recorriendo un tramo del Camino Mozárabe. Caminaba sola, con la única compañía del murmullo constante del río, el susurro del viento entre las hojas de los árboles y los discretos sonidos de la fauna entre las ramas y los juncos.

A mediodía llegó al Puente de Piedra, a las afueras de Baena. El río fluía manso entre los márgenes reforzados, y los eucaliptos ofrecían una sombra fresca y limpia.

Allí se detuvo. Extendió su manta en el suelo y sacó con cuidado la comida que su madre le había preparado con amor: una ensalada de berenjenas y calabacines al aroma de cilantro y cítricos, y unos canutos de miel rellenos de frutos secos. *“Come despacio y saborea —le había dicho—. Son recetas de época andalusí, como las que comían hace siglos junto a este mismo río.”*

Así que comió sin prisas, dejando que cada bocado la acercara un poco más a aquella época remota.

Las berenjenas, ligeramente doradas, tiernas y suaves, se fundían con el frescor de los cítricos; el calabacín, con su textura fresca y casi crujiente, aportaba ligereza, y todo quedaba envuelto en el perfume verde del cilantro. Luego vinieron los canutos: el crujido del hojaldre y el dulzor de la miel de azahar combinaban a la perfección con el fondo terroso de los frutos secos.

Con el estómago lleno, Carmen se dejó envolver por el frescor de la sombra mientras una suave brisa acariciaba su rostro. Se recostó. Respiró hondo. El murmullo del agua, el leve crujido de las ramas, el aroma tenue de canela aún en su paladar...

Los párpados le pesaban cada vez más, y en cuestión de minutos, se quedó dormida.

# CAPÍTULO 1

## ESPEJO

Carmen abrió los ojos y se encontró en lo alto de una construcción sobria y austera que dominaba la campiña. Lo que tenía ante sí era *al-Qal'a*, la vieja fortaleza andalusí que hoy es el Castillo de Espejo: un torreón defensivo, pero sin una ciudad que lo rodease todavía.

A unos pasos de ella, un hombre de túnica clara, bastón de madera y rostro curtido por el tiempo observaba el horizonte en silencio. No parecía sorprendido de verla, y Carmen tampoco se sobresaltó al verlo. Era como si lo hubiera estado esperando.

—Has llegado —dijo él sin volverse—. Y has llegado a tiempo.

—¿A tiempo de qué? —preguntó Carmen, aún sin comprender del todo dónde estaba.

—De descubrir los secretos andalusíes de la comarca cordobesa del Guadajoz —respondió el anciano con voz pausada—. La sabiduría de sus gentes, el trabajo de manos anónimas... y las piedras que levantamos para que el tiempo no se olvide de nosotros.

Se giró hacia ella con una expresión serena.

—Soy Qāsim b. Aşbag, de Bayyāna. Jurista, historiador, maestro de califas... y portador de memoria. Pero lo que sé no lo aprendí solo de los libros, también de los hombres y mujeres que dieron vida a estas tierras. Ven. Esta comarca aún guarda historias que merecen ser escuchadas.

Carmen se acercó, confusa y fascinada a partes iguales.

Desde lo alto, el paisaje se desplegaba con colinas suaves, olivares interminables y caminos de polvo que se cruzaban como venas. Al fondo, los perfiles azulados de las sierras y, más allá, la línea invisible donde comenzaba el reino nazarí.

—Estamos en Espejo —dijo Carmen en voz baja, casi sorprendida de escucharse a sí misma—. Lo reconozco... pero parece otro.

Qāsim asintió con lentitud, sin apartar la vista del horizonte.

—Lo es, pero no el Espejo que tú conoces. Este es el Espejo en época andalusí: más pequeño y humilde, pero vivo.

—¿Y qué era exactamente este lugar en vuestra época? —preguntó ella, con un tono casi reverencial.

—*Al-Qal'a*, que quiere decir “la fortaleza”. Esto era todo: una torre, un patio y un aljibe subterráneo. En época andalusí, esta cima era un bastión de vigilancia. Desde aquí se controlaban tres rutas: hacia el norte, a Qurṭuba (Córdoba); al este, hacia Qāšruh (Castro del Río); al sur, hacia Bayyāna (Baena) y, más allá, el viejo camino de Gharnāṭah (Granada).

—¿La Ruta del Califato? —dijo Carmen.

Qāsim sonrió.

—Así la llamáis ahora. Bonito nombre. Por aquí pasaban los emisarios del emir, los recaudadores de impuestos, los caravaneros con sus mulas cargadas de sedas, sal y especias. También pasaban soldados, claro. A veces nuestros, a veces no.

—Hoy también se usa —interrumpió Carmen—. Aunque nadie la recorre como entonces. Hoy es una ruta cultural. Va de Córdoba a Granada y pasa por aquí, por Espejo. Incluso hay gente que la hace en bicicleta, unas máquinas con ruedas que uno pedalea para avanzar.

Qāsim la observó con atención.

—Eso me gusta. Que la gente todavía use las rutas antiguas, aunque sea en esas máquinas de ruedas.

Guardó un instante de silencio, como quien ordena los recuerdos antes de compartirlos. Luego continuó:

—Esta colina ya fue elegida mucho antes de nosotros. Fue *Ucubi* en tiempos íberos, pero se alió con Julio César durante las guerras civiles romanas y Pompeyo la arrasó. Luego la reconstruyeron y la llamaron *Attubi*. Los romanos pusieron aquí su puesto, su *specula*, pero fue bajo los Omeyas cuando adquirió su forma actual: una alquería fortificada, un centinela de estas tierras.

Qāsim se detuvo en el centro del patio, donde los arcos proyectaban sombras curvas sobre el suelo de piedra.

—El aljibe está aquí debajo —dijo, señalando una abertura en el pavimento, protegida por un brocal de piedra.

Descendieron por una escalera que conducía a la cisterna subterránea. El aire cambió al instante: más fresco, más denso. Las paredes encaladas brillaban con la humedad acumulada durante siglos.

—Aquí recogemos la lluvia —explicó Qāsim mientras sus pasos resonaban suavemente en la bóveda—. En una tierra como esta, el agua es sinónimo de vida, resistencia y soberanía. Mientras haya agua aquí abajo, la fortaleza puede resistir los asedios durante más tiempo.

Carmen acarició el muro con la yema de los dedos, dejando que la frescura le recorriera la piel.

—No es el único aljibe que he visto en Espejo —dijo—. A las afueras, cerca de la antigua calzada, hay otro, de época romana. Está bien conservado, restaurado, y se puede visitar.

Se hizo un breve silencio. El eco de sus voces parecía perderse entre las piedras, como si estas guardaran todavía los rumores de otras épocas.

—En mi tiempo —añadió Carmen, bajando un poco la voz—, hay quien afirma que este pozo se conecta con túneles secretos. Se dice que uno de ellos lleva hasta la Albuhera. Nadie los ha encontrado, pero algunos aún lo creen.

Ascendieron de nuevo al patio, dejando atrás la penumbra del aljibe. Ya dentro del castillo, Carmen recorrió el espacio con la mirada, reconociendo elementos que en su época aún se conservaban.

—Ahora lo llaman Castillo de Espejo, o Castillo Ducal. Fue ampliado siglos después por un caballero cristiano, Pay Arias de Castro. Añadieron torres, escudos, murallas... Hoy pertenece a una familia noble. Se conserva bien, con muebles antiguos, armas históricas y estancias restauradas. Es un lugar que impone.

Se detuvo un instante, pensativa.

—Todo eso forma parte de su historia y tiene un gran valor, pero lo que me estás enseñando ahora... revela una capa más. Es increíble lo que puede esconder una estructura como esta, tantas vidas superpuestas en una misma piedra.

Qāsim asintió, con una media sonrisa.

—Eso es lo fascinante de estos lugares: no tienen un solo origen, sino muchos. Cada época dejó su rastro. Y cada capa habla, si sabes escuchar.

Se volvió hacia la salida y alzó el bastón, invitándola a seguir.

—Ven. Esto solo ha sido el comienzo. Ahora te llevaré a un lugar donde la piedra se convierte en sal, y la tierra aún guarda el sabor de otros siglos.

El camino comenzó a descender suavemente entre los olivares. El terreno cambiaba, volviéndose más blanquecino, agrietado, salpicado de costras de sal que relucían bajo el sol de la mañana.

Al poco tiempo, el terreno se abrió en una explanada. Frente a ellos, una sucesión de piletas y canales formaban un mosaico resplandeciente. Algunas estaban secas, otras cubiertas por una lámina de agua que reflejaba el cielo como un espejo.

—Estas son las salinas —dijo Qāsim—. Nos son muypreciadas, pues representan estabilidad. Mientras la sal brote, habrá algo que conservar, algo con lo que comerciar... y algo que proteger.

Carmen se acercó a una de las balsas. La superficie formaba dibujos agrietados por la evaporación, y entre los bordes asomaban conducciones antiguas, iguales a las que aún se conservan en su tiempo.

—Estas son las Salinas de Duernas —dijo ella—. Aún siguen activas y producen cerca de tres mil toneladas de sal al año. El agua aquí es cuatro veces más salada que la del mar. Antes la extraían con norias tiradas por animales, luego con mecanismos más avanzados. Hoy lo hacen con bombas, pero muchas cosas siguen casi igual.

—Entonces el ciclo no se ha roto —dijo Qāsim con una sonrisa serena—. Esta tierra ha sudado sal desde tiempos antiguos, y nosotros también la aprovechamos en época andalusí. No solo sirve para conservar alimentos, también es esencial para la digestión del ganado.

Se detuvo junto a una de las piletas secas y se agachó para recoger un puñado de cristales.

—También la usamos como medicina: para limpiar heridas, provocar el vómito o incluso devolver el apetito. Ibn al-Bayṭār, un sabio de mi tiempo, dice que puede despertar el corazón. Aunque también advierte que abusar de ella daña la vista y la sangre. Como todo poder, necesita medida.

—¿Y es fácil de conseguir? —pregunta Carmen.

—No es escasa, pero sí está regulada. El Estado —el walī, el gobernador— suele controlar su extracción. En algunos lugares se paga impuesto por cada carga. Y en los zocos, siempre hay un puesto de sal.

Se detuvieron al borde de una gran balsa que aún conservaba agua. El reflejo era tan nítido que parecía una puerta abierta a otro cielo.

—Aquí también llegaba la memoria —dijo Qāsim—. Algunos creían que la sal ayudaba a no olvidar. Por eso, en ciertas tumbas, se dejaban unos granos, para que el alma recordara el camino.

—Y, sin embargo —añadió Carmen—, casi nadie sabe que esto ya existía en época andalusí. Que la sal era más que un recurso: formaba parte de una cultura viva.

—Por eso estamos aquí —replicó Qāsim—. Para ver lo que permanece, aunque el tiempo lo haya vestido de otro modo.

Una brisa suave, cargada del aroma seco y mineral de las salinas, les acariciaba el rostro. Carmen y Qāsim se miraron un instante, y sin decir nada más, continuaron caminando.

# CAPÍTULO 2

## CASTRO DEL RÍO

El sendero descendía siguiendo la curva del río, bordeando huertos y olivares, hasta que el terreno se alzaba de nuevo para dar paso a un hermoso pueblo. Desde lejos, Carmen pudo distinguir el perfil inconfundible de una torre robusta y muros dorados por el sol.

—Castro del Río —murmuró, como si el nombre se hubiera desprendido solo del paisaje.

Subieron por calles estrechas y empedradas, hasta alcanzar la parte alta del pueblo. Allí, dominando el horizonte, se alzaba la fortaleza.

Qāsim se detuvo un momento, contemplando las torres recortadas contra el cielo.

—Esta es otra de nuestras claves —dijo con serenidad—. Una fortaleza desde la que se vigila todo el valle del Guadajoz. Compacta como un puño cerrado, flanqueada por cuatro torres. En las entrañas de una de ellas guardamos un aljibe profundo, de ladrillo y con óculo abierto al cielo, que nos da agua incluso en los días más secos. ¿Ves los muros? Tapial endurecido, mampostería de siglos.

—Es impresionante... —susurró Carmen, deteniéndose en el patio de armas—. En mi tiempo aún se alza, aunque con reformas. Lo llaman castillo-fortaleza y dicen que conserva partes de esta época, pero también de otras posteriores. Hasta tiene una torre del homenaje.

—¿Una qué? —preguntó Qāsim con la ceja arqueada.

—Una torre noble, central, como símbolo de poder. La reconstruyen siglos más tarde, cuando esto ya no es frontera, sino posesión consolidada —explicó ella mientras avanzaba unos pasos, observando a su alrededor con atención—. Añaden nuevas estructuras, hacen modificaciones, lo restauran, pero siguen construyendo sobre lo que ya estaba. Estos muros de tapial —Carmen rozó la superficie áspera con los dedos— siguen aquí.

—No me sorprende —asintió Qāsim—. Cuando algo está bien pensado desde el principio, no hace falta empezar de cero. Mira a tu alrededor. Las murallas bordean el promontorio como serpientes de piedra. No siguen líneas rectas, se adaptan al terreno. Así se construyen las defensas verdaderas.

Hizo una pausa, observando con orgullo el adarve.

—Cada torre tiene su razón. Algunas guardan cámaras abovedadas donde los centinelas descansan entre turnos. Ya vamos por cuarenta, y no hemos terminado. Si la frontera lo exige, se levantarán más. Este lugar no se rinde.

Qāsim caminó unos pasos hasta el adarve, desde donde se divisaba la villa.

—Todo esto es un solo cuerpo —dijo, mirando hacia las casas que se extendían ladera abajo—. El castillo, las murallas, las casas que se amontonan más abajo. Las calles estrechas, los muros encalados, las puertas de madera sin adornos. Aquí nació la ciudad. Nosotros la llamamos *madīna*.

—Y nosotros, muchos siglos después, lo llamamos el “Barrio de la Villa” —comentó Carmen con una sonrisa—. Aún conserva esta estructura, aunque con otros usos y costumbres. Pero sigue latiendo.

Qāsim giró ligeramente sobre sus pasos y, señalando una calle que descendía entre muros encalados, añadió:

—Ven. Ya has visto el lugar desde arriba. Ahora toca caminarlo.

La brisa corría calle abajo mientras se adentraban en el corazón de la medina. El terreno se suavizaba y las murallas quedaban atrás.

Carmen observó a su alrededor con atención. Las casas, encaladas y humildes, se apretaban unas contra otras como si buscaran refugio del sol. Las calles eran estrechas, en pendiente, y giraban bruscamente en algunos tramos. Arcos de ladrillo cruzaban de un lado a otro, uniendo fachadas o formando pasajes sombreados.

—Se parece mucho a la Judería de Córdoba —murmuró—. Esa sensación de que todo está hecho para mantener la sombra y el frescor.

En una plazuela, varios niños jugaban a lanzar piedrecillas en un cuenco de barro. Una mujer se asomaba desde un balcón bajo con una cesta de higos. Más allá, un anciano se encorvaba sobre una silla mientras tejía unas cuerdas.

—Aquí vive la gente sencilla —dijo Qāsim—. Comerciantes, artesanos, labradores. Los que hacen que todo esto respire.

Carmen lo observaba todo con una mezcla de respeto y ternura. En aquel barrio, tan distinto y a la vez tan familiar, percibía una armonía desordenada, viva y hermosa.

—En el futuro aún se conserva mucho de todo esto. Las callejuelas, las fachadas blancas, incluso algunos arcos. Los viajeros siguen perdiéndose por aquí, buscando posada... sobre todo los peregrinos que hacen el Camino Mozárabe de Santiago.

Finalmente, se detuvieron frente a un edificio mayor, discreto pero sólido. Una franja de ladrillo enmarcaba la entrada. A un lado, una torre cuadrada de proporciones sobrias se alzaba sobre los tejados, con su remate de arquillos ciegos que daban paso al alminar.

—Aquí estamos —dijo Qāsim—. La *alṡāma*. La mezquita mayor de Qasr el-Riyya.

Empujó con suavidad la puerta y entraron. El interior estaba bañado por una luz tenue que descendía desde pequeños vanos altos. El suelo era de losas sencillas, y un olor a madera y cal flotaba en el aire. Desde el patio contiguo, abierto al jardín, llegaba un suave aroma a azahar. Al fondo, el mihrab se abría como una concha labrada, orientado hacia la Meca.

—Este no es solo un lugar de oración —explicó Qāsim, paseando entre las columnas—. Es también un refugio para el pensamiento. Aquí se escucha la voz del

imán, pero también la del propio corazón, y no es raro ver cómo cada viernes este espacio se llena de vida: algunos vienen a rezar, otros a buscar conocimiento, y hay quienes solo necesitan detenerse un momento y respirar un poco de paz.

Carmen pasaba la mano con suavidad por uno de los pilares.

—Es impresionante cómo se respira todavía algo de eso... —susurró—. Aunque ya no es una mezquita: hoy es la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. Poco después de la conquista, en 1240, la mezquita fue transformada en iglesia. Pero el alminar quedó... y lo usaron como campanario. Desde fuera, aún se nota.

Qāsim se detuvo, sorprendido.

—¿Y qué más queda?

—Algunas cosas. El edificio que ves se modificó mucho, sobre todo en el siglo XVI, cuando adquirió esa forma de iglesia mudéjar que aún conserva. Tiene tres naves, con capillas laterales, y una mezcla curiosa de estilos. Hay un arco de herradura almohade que sobrevivió en una de las paredes... y algunas columnas, como estas, que reaprovecharon de aquí mismo. O de ruinas romanas, incluso.

—La piedra no olvida —dijo Qāsim, tocando la columna con los dedos—. Los muros pueden transformarse, servir otras funciones, incluso rendirse a otras creencias... pero la memoria no los abandona.

—Este lugar sigue siendo muy importante para muchos. En Semana Santa sale de aquí una de las procesiones más queridas del pueblo. Y aunque el edificio ha cambiado, sigue siendo un lugar de encuentro: la gente entra, mira, se sienta, reza... o simplemente guarda silencio, como tú decías.

Qāsim miró el espacio en calma.

—Quizás no todo es tan diferente entre estos muros, al fin y al cabo.

Al salir de la mezquita, la luz volvió a envolverlos. En ese momento, una ráfaga de aire subió desde la calle y trajo consigo un olor especiado, cálido y tostado. Carmen cerró los ojos y aspiró.

—¿Notas eso? Huele delicioso. Me está entrando un hambre muy poco discreta.

Qāsim rió suavemente.

—Aguanta un poco más. Conozco una casa donde seguro están cocinando algo rico a esta hora. Es de un amigo mío, vive con su familia en una finca no muy lejos de aquí. Su mujer, Lubna, cocina como pocas. Y él trabaja con madera de olivo, y el aceite que usa en su casa lo ha prensado él mismo. Su familia le ayuda con todo. Vamos, no queda lejos.

# CAPÍTULO 2.1.

## LLANO DEL ESPINAR

Dejaron atrás las calles del barrio y salieron del núcleo urbano por un sendero polvoriento que se abría entre pequeños huertos y olivares.

Al cabo de un rato, a lo lejos, apareció una pequeña finca rodeada de árboles y cercada por un bajo muro de piedra. Se oía el balido de una cabra y el golpeteo rítmico de madera. Y mezclado con aquellos sonidos, la brisa traía el inconfundible aroma de algo frito en buen aceite.

—Este lugar... —murmuró Carmen con una expresión repentina de reconocimiento—. Es Llano del Espinar. Claro. No lo había identificado desde lejos, pero ahora sí.

Un hombre de mediana edad, de manos curtidas y mirada afable, salió a recibirlos en la puerta del patio.

—¡Muqaddam, hermano! —saludó Qāsim con una sonrisa sincera mientras se estrechaban los brazos—. ¡Cuánto tiempo ha pasado!

Muqaddam asintió con calidez.

—Demasiado, Qāsim. Ya era hora.

—Te presento a Carmen —añadió Qāsim, volviéndose hacia ella—. Viene de muy lejos. Más de lo que imaginas.

—Bienvenida seas, hermana —dijo Muqaddam con una sonrisa y los ojos encendidos de curiosidad—. Pasad, pasad. Lubna está terminando de freír las últimas.

En ese momento, una mujer salió desde la cocina con una fuente entre las manos, aún humeante.

—No sé por qué, pero hoy sentí que debía preparar comida de más... y mira por dónde.

Era Lubna, de rostro amable y manos firmes. Les dedicó una sonrisa tranquila y los condujo hacia el porche, donde una mesa baja cubierta con un paño sencillo esperaba a la sombra de las cañas secas. Allí colocó una fuente de pequeñas albóndigas, doradas y humeantes, junto a una jarra de agua fresca perfumada con hojas de menta.

—Bolitas de pollo con pistacho, pan rallado, un poco de canela y cilantro molido

—dijo Lubna mientras dejaba el plato en el centro—. Pero el secreto está en el aceite de oliva que preparamos aquí mismo.

Muqaddam asintió con orgullo.

—Y tampoco hace falta invitación para sentarse. Venga, comed mientras esté caliente.

Tras bendecir los alimentos con un breve “Bismillah”, Carmen tomó una con los dedos, la mojó en un poco de zumo de limón y la probó con expresión rendida.

—No sé si estoy en el pasado... o en el cielo. ¿Sabes? En mi época, Castro del Río es famoso por el bacalao, un pescado de mares lejanos.

Lubna la miró sorprendida.

—¡En serio! —exclamó Carmen—. Se ha convertido en un emblema de la gastronomía. Cada año se organiza un certamen gastronómico del bacalao, que atrae a medio mundo: hay concursos, vinos, productos típicos... Toda una fiesta.

Lubna sonrió, mientras mojaba una de las albóndigas en limón.

—Eso está bien —dijo al fin—. Las recetas cambian, pero lo que siempre quedan son las ganas de comer bien.

Frente a ellos, en el jardín, los hijos de Muqaddam jugaban en el suelo con unos pequeños muñecos tallados en madera. Carmen los miró con una sonrisa, sorprendida por la delicadeza de las figuras.

—Qué bonitos... ¿de dónde son? —preguntó con curiosidad.

—Los hicimos juntos, en el taller. A veces trabajamos... y otras jugamos a trabajar.

Se recostó ligeramente sobre el banco, con aire tranquilo.

—Aquí vivimos de lo que el olivo nos da —dijo Muqaddam con serenidad—. Trabajo la madera y la vendo a la gente del lugar; algunos incluso vienen desde otras alquerías solo para encargarme muebles o recoger aceite. La almazara está justo detrás, junto a los olivos más viejos. No es grande, pero es suficiente. Usamos una prensa de viga, como hacían nuestros abuelos: lo esencial es tratar bien el fruto y dejar que el tiempo haga su parte.

Carmen se fijó en el rincón del taller, donde descansaban un banco de carpintero, herramientas colgadas en la pared y un par de muebles en proceso: una silla y una pequeña arca.

—En mi tiempo, Castro del Río sigue siendo reconocido por la madera de olivo. Aún hoy se fabrican muebles de olivo que llegan hasta lejanos rincones del mundo. Las buenas piezas se hacen con madera vieja, de árboles que ya no dan fruto. La entierran en tierra o en arena durante meses para librarla de la polilla, y luego la trabajan con enea.

Muqaddam la miró con una mezcla de sorpresa y satisfacción.

—Entonces parece que la buena artesanía ha sabido mantenerse viva. Si dejamos que eso se pierda, se nos va algo más que un sistema de producción: se nos van nuestras raíces.

Qāsim no decía nada. Comía despacio, con los ojos tranquilos, como si todo en aquel patio —la comida, el sol, el olor a azahar en el jardín— fuera exactamente como debía ser.

Carmen levantó la vista hacia los campos de olivos.

—Qué curioso. Uno viaja siglos atrás para descubrir el pasado... y se encuentra con lo que debería ser el futuro.

# CAPÍTULO 3

## NUEVA CARTEYA

Tras la comida, agradecieron a Muqaddam y Lubna su hospitalidad. El artesano y su esposa los despidieron junto al portón. Carmen guardó con cuidado el pequeño hatillo de pan y dátiles que Lubna les había entregado “para el camino”. Poco después, retomaron la ruta.

El sendero discurría entre colinas suaves y sembrados que ondulaban con la brisa. El sol, ya alto, arrancaba destellos entre los olivares, y los pasos de los dos viajeros dibujaban un leve rastro sobre la tierra seca.

Habían salido del Llano del Espinar con dirección al este, pero Carmen se detuvo de pronto, con el ceño ligeramente fruncido.

—Aquí... —murmuró, volviendo sobre sus pasos un par de metros—. Sí. Esto es Nueva Carteya.

Qāsim la miró con extrañeza.

—No conozco ese nombre.

—Claro. En tu tiempo no existe. Pero en el mío hay un pueblo justo aquí, en este valle. Nueva Carteya se fundó mucho después, pero cada vez que vengo, reconozco esta ladera, este perfil de los montes.

—No me sorprende — dijo Qāsim—. Esta tierra ha sido codiciada desde siempre. Los íberos, los romanos, incluso los visigodos levantaron fortificaciones por aquí. Nosotros, en época andalusí, aprovechamos muchas de ellas. Las reforzamos, o las

modificamos para adaptarlas a nuestras necesidades. Aquí se vigilaba y se defendía, pero también se vivía con normalidad.

Carmen asintió, mirando el horizonte.

—¿Sabes? Hoy día, se sigue recorriendo todo esto. Pero en bicicleta —añadió, con una leve risa—. Hay rutas organizadas que atraviesan los antiguos recintos fortificados. Son marchas populares, no competitivas. Van por los senderos que cruzan la Plaza de Armas, El Higuerón... hacen hasta paradas para descansar entre las ruinas.

—Curioso destino —dijo Qāsim con una media sonrisa—. Pero mejor descubrir estas fortalezas en una ruta de ocio que jugándote la vida por conquistarlas o defenderlas.

Siguieron caminando, el terreno cada vez más abierto, los cerros más marcados en el perfil del paisaje.

—En el pueblo hay un museo —dijo Carmen—. Uno pequeño, pero con mucho cuidado por el patrimonio local de otras épocas. Guardan piezas que han ido apareciendo desde hace generaciones, algunas de época andalusí. Incluso hay monedas y fragmentos de cerámica.

Qāsim giró la cabeza, con gesto interesado.

—Así que la gente de tu tiempo aún guarda nuestras cosas.

—Sí. Fue gracias a una asociación ciudadana que se logró abrir el museo hace unos años. Se llama ACEPHACA. Se encargan de conservar, estudiar y divulgar el patrimonio arqueológico. Lo han hecho todo con mucho amor.

—Eso les honra —afirmó Qāsim—. No todo se pierde si hay quienes guardan amor y respeto a la memoria de los pueblos.

El viento sopló más fuerte en lo alto del cerro, y ante ellos empezaba a perfilarse la silueta de otra elevación.

Qāsim se detuvo un momento, con la mirada fija en el horizonte.

—Quiero enseñarte la fortaleza más importante de toda esta zona —dijo con un tono distinto, casi reverente—. Está muy viva.

Señaló con el dedo hacia una loma más al este, donde la tierra se alzaba en formas familiares.

Carmen entrecerró los ojos, siguiéndole el gesto.

—Ya sé cuál es —respondió—. Te refieres a El Higuerón. Estoy deseando conocerlo en esta época.

Reanudaron la marcha, mientras la silueta del cerro iba ganando forma ante sus pasos. Allí se alzaba El Higuerón. Desde la distancia, Carmen pudo distinguir el perfil de los muros, la forma de los torreones y un discreto movimiento en las alturas.

Cuando alcanzaron la entrada principal, un par de hombres armados los observaron desde lo alto de una estructura de vigilancia. No hubo hostilidad, pero sí precaución. Qāsim intercambió unas palabras breves con uno de ellos en tono firme pero cordial. Finalmente, les permitieron el paso.

Dentro del recinto, lo que se abría no era un poblado, sino una guarnición activa. La fortificación, de origen romano y reforzada por los andalusíes, se mantenía como punto de control. Soldados patrullaban el adarve, revisaban cuerdas y poleas, y afinaban flechas en los bancos de piedra.

Una voz grave se acercó desde un lateral:

—Estáis lejos del llano para venir sin carga ni armas. ¿Qué os trae hasta aquí?

El hombre era alto, de barba entrecana y ojos curtidos por el sol. Llevaba el manto recogido al cinturón y una lanza corta al hombro.

Qāsim inclinó levemente la cabeza.

—Curiosidad... y respeto. Esta tierra merece ser recorrida con ambos.

El soldado frunció el ceño al oír la voz. Dio un paso más, y lo observó con detenimiento.

—¿Qāsim? —preguntó, entre asombro y duda—. ¿Eres tú, el hijo de Aşbag?

Qāsim sonrió apenas.

—El mismo. Aunque algo más andado.

El hombre lo miró con renovado respeto y bajó la lanza.

—¡Que Alá me perdone! Hace años que no oía ese nombre por aquí. ¡El sabio de Baena!  
¡Maestro de emires y dolor de cabeza de los legistas de Córdoba!

Carmen esbozó una sonrisa discreta, sorprendida.

El soldado miró ahora a ambos con otro aire y señaló un banco de madera bajo un toldo improvisado.

—Vamos, acercaos. Hay pan, perdiz y alcachofas. Comed tranquilos y ya hablaremos después.

Carmen y Qāsim se sentaron agradecidos. Un cuenco de madera les fue ofrecido con perdiz cocinada lentamente, sazonada con hierbas y especias cálidas. A un lado, las alcachofas, tiernas, conservaban el aroma del ajo y un vinagre suave. Pan de trigo y agua fresca completaban la comida.

Mientras comían, Carmen observaba los sillares macizos, las torres que se alzaban sobre los muros y las miradas firmes de los hombres que allí servían. Finalmente, habló.

—En mi época —dijo con tono reflexivo— este lugar es un yacimiento arqueológico. Se llama El Higuerón. Lo visitan estudiantes, arqueólogos, incluso familias en excursiones. Se sabe que aquí hubo una fortificación importante... se habla de murallas monumentales.

El soldado que les había recibido la miró con interés, limpiándose las manos con un trapo.

—¿Y aún se habla de nosotros?

—Mucho. Aunque no se sabe todo, y todavía se siguen haciendo excavaciones. Cada hallazgo revela una pieza más. Está documentada la ocupación desde el siglo IV antes de Cristo... iberos, romanos, y también la vuestra. Hasta hay estructuras vuestras

conservadas. En la actualidad hay un museo en un pueblo cercano donde se guardan monedas y cerámicas andalusíes que salieron de esta tierra.

El hombre asintió, con una mezcla de orgullo y satisfacción en su rostro.

—Y no solo se conserva en museos —añadió Carmen—. También se recorre. Se hacen rutas en bicicleta por los recintos fortificados de la zona. Yo misma lo hice una vez. Aunque claro... entonces esto estaba en ruinas.

Qāsim la miró con una media sonrisa.

—¿Ruinas? Con una buena historia y algo de imaginación... las ruinas dejan de serlo.

La conversación se aligeró entre tragos de infusión. Cuando la sombra de la torre comenzó a estirarse sobre el patio, Qāsim se puso en pie con calma.

—Gracias por la hospitalidad —dijo, inclinando ligeramente la cabeza—. Nosotros seguimos hacia el este. Aún hay mucho que quiero mostrarte —añadió, dirigiéndose a Carmen.

Carmen echó una última mirada al lugar. Aquel bastión activo, firme, lleno de señales del pasado pero todavía vivo, quedaría grabado en su memoria con otra luz.

—Hasta la próxima —susurró.

# CAPÍTULO 4

## BAENA

El sol de la tarde caía sobre las laderas cubiertas de olivos cuando Qāsim y Carmen llegaron a lo alto de una colina. Una mancha blanca de casas se extendía por la falda del cerro, coronada por la silueta de una fortaleza antigua.

—Ahí está Bayyāna —dijo Qāsim, deteniéndose junto a una roca y alzando la mano—. “Una gran fortaleza sobre una eminencia del terreno”, como la describió al-Idrīsī hace siglos. Como un atento vigía entre trigales, higueras y olivares.

Hizo una pausa breve y añadió con una media sonrisa:

—Aquí nací. Y aunque mis caminos me llevaron lejos —a Córdoba, a Bagdad, incluso a la Meca—, siempre he llevado a Bayyāna conmigo. Pues esta es mi tierra.

Carmen miraba en silencio. Las callejas que descendían desde la altura parecían fluir como venas entre fachadas encaladas, perdiéndose entre tejados irregulares.

—Todo esto es la Almadīna —dice Qāsim—. El corazón de la ciudad. Murallas por los cuatro costados, con un castillo en lo alto y, más abajo, las casas, los talleres, las mezquitas... Desde aquí se controla el paso del río y los caminos que conducen a la campiña y a las tierras del este. Es un punto clave, tanto para el comercio como para la guerra.

—Ahora se llama el barrio de “la Almedina” —comentó Carmen—. Aún queda algún tramo de muralla y puertas antiguas, y hasta hay un torreón con una sala de arte mudéjar.

—Me alegra que un lugar como este aún conserve su alma —dijo Qāsim—. Aquí se tejía la vida en nuestra época: el zoco, los hornos de pan, las almazaras, la escuela de memorias y de letras... Incluso llegó a ser capital de la cora de Cabra y tenía su propia circunscripción administrativa.

—Y en mi época, una vez al año todo esto cambia por completo —añadió Carmen, mirando a su alrededor—. Durante la Tamborada, la Almedina se transforma: cientos de tambores suenan al unísono, como si el pueblo entero despertara de golpe. Hombres y mujeres se visten con túnicas negras o blancas, y durante horas hacen sonar sus tambores por las calles y el pueblo retumba en una explosión de emoción colectiva.

—¿Y qué se celebra? —preguntó Qāsim mirándola con curiosidad—.

—Es parte de la Semana Santa, donde se conmemora la Pasión y Muerte de Cristo —respondió Carmen—. Pero más allá del aspecto religioso, es una expresión colectiva que trasciende edades, creencias o ideas. El sonido del tambor es memoria, identidad... incluso catarsis.

—Qué maravilla —dijo Qāsim—. Como ves, en la época andalusí los sonidos son otros: el canto del muecín al amanecer, los rezos del viernes, el martilleo de los caldereros, el murmullo de los narradores de cuentos en el zoco al atardecer... Pero si todavía hay algo que hace latir al unísono a quienes habitan este lugar, eso significa que Bayyāna sigue muy viva.

Caminaron por una calle empedrada y pronto se abrió un pequeño ensanche: había una fuente en el centro, bancos de piedra, y unas lámparas de aceite que temblaban con la brisa. Bajo una parra en flor, un grupo de hombres y mujeres escuchaba en silencio a un joven que recitaba de pie, con la voz firme y los ojos cerrados.

—Aquí se recita poesía —dijo Qāsim en voz baja, sin interrumpir—. No en grandes salones de mármol frío, sino al aire libre, disfrutando de un té y de la música del laúd de fondo. Algunos improvisan zéjeles; otros repiten muwasahas aprendidas de memoria. Amor, fe, deseo, burla... todo cabe.

El verso final provocó una sonrisa general y un aplauso contenido. El recitador inclinó la cabeza con humildad, mientras otro se levantaba ya entre los presentes, afinando la voz para su turno.

Carmen se acercó un poco más a Qāsim y murmuró, casi para sí:

—Esto me recuerda al Cancionero de Baena. Aunque se compuso siglos después, también recoge versos como los que se oyen aquí.

Qāsim la miró, curioso.

—¿El Cancionero de Baena? —preguntó.

—Sí —respondió Carmen—. Es un libro que recoge esa tradición de poesía popular y culta. Sin la influencia andalusí no sería lo mismo.

—Así que además de piedras en Bayyāna también perduran versos —dijo Qāsim con una sonrisa.

Siguieron avanzando, y al doblar una esquina, Carmen señaló un mirador desde el que se divisaba parte de la vega.

—¿Sabes? En alguna parte de ahí abajo —dijo— apareció un tesorillo califal. Monedas de plata, dirhemes. Dicen que fue escondido en tiempos de inestabilidad, quizás cuando murió Almanzor.

—Tesoro escondido, tiempos revueltos. No hace falta mucha explicación —murmuró Qāsim—. Y en tiempos revueltos, nada más valioso que una buena defensa.

Alzó ligeramente el bastón, señalando hacia lo alto.

—El castillo está cerca. Ven. Te mostraré por qué es una de las fortalezas más imponentes de toda la comarca del Guadajoz.

El camino zigzagueaba entre casas encaladas. Algunas mostraban portones de madera oscura, otras rejas forjadas cubiertas por macetas colgantes. En las esquinas, artesanos vendían su mercancía: cestos llenos de higos, cántaros rebosantes de agua fresca, piezas de cerámica vidriada alineadas junto a muros encalados. El aire traía olores mezclados de pan recién horneado, especias cálidas y cuero trabajado.

Emprendieron la subida al castillo.

—Estas piedras han visto guerras, ¿verdad? —preguntó Carmen—.

—Desde luego —respondió Qāsim—. Su posición no era casual. Este lugar ya era estratégico en el siglo IX. Omar ibn Ḥafṣūn, el rebelde que se alzó contra Córdoba, tomó Bayyāna. Desde aquí desafiaba al emir y extendía su influencia por toda la campiña. Fue necesario reforzar las defensas. La colina se convirtió en bastión.

Cruzaron una de las puertas y entraron al interior de la estructura.

—La fortaleza es cuadrada y poderosa —continuó—, con torres sólidas de tapial y mampostería. Algunas, como la del noreste, quizá vienen de épocas aún más antiguas. Hay una puerta que da al campo, otra que conecta con la almedina, y varias torres que custodian cada ángulo. La Torre de los Secretos protege uno de los accesos más importantes, y en la esquina suroeste se alza la gran torre del homenaje. Desde lo alto se domina todo: la villa, los caminos, los olivares... hasta las lejanas sierras en los días despejados.

Carmen paseó la vista por el perímetro.

—En mi época solo quedan algunos tramos de muralla y tres torres en pie: la del Secreto, la de los Cascabeles y la de las Arqueras —dijo—. Durante siglos, el castillo fue modificándose. En el siglo XVI pasó a manos de los duques, y se transformó poco a poco en palacio. Abrieron vanos, añadieron estancias, cubrieron patios y construyeron dependencias domésticas. Lo defensivo pasó a un segundo plano.

—Es lo que ocurre en tiempos de paz —dijo Qāsim—. Es una buena señal.

—Aún así —continuó Carmen—, el castillo siguió siendo testigo de grandes momentos a lo largo de su historia. Aquí estuvo preso Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Más tarde durmieron entre sus muros los Reyes Católicos. Y ya en tiempos de la guerra civil, llegaron incluso a construir un búnker dentro de la fortaleza.

La luz del atardecer acariciaba las fachadas encaladas, mientras una brisa tibia arrastraba el aroma terroso de la campiña.

—Ven —dijo Qāsim, señalando un estrecho descenso entre muros encalados—. Todavía no hemos visto el alma de Bayyāna al completo.

Descendieron por una calle de piedra y pronto alcanzaron una vieja puerta de la muralla. La estructura era sencilla, con un arco de medio punto y muros reforzados con hiladas de ladrillo. A un lado, se alzaba un torreón de proporciones humildes, pero con la impronta de tiempos antiguos.

—¿Ese es el famoso Torreón del Arco Oscuro? —preguntó Carmen, reconociendo la estructura.

—Ese nombre parece que vino mucho después, pero me alegra saber que aún se conserva en tu época —respondió Qāsim—. Esta torre es una de las entradas al recinto fortificado. Fíjate en este recodo: no se puede atravesar en línea recta. Así evitaban que alguien pudiera entrar corriendo o a caballo. Era una defensa discreta, hecha con inteligencia.

Atravesaron el paso y un poco más adelante los muros de un hermoso edificio aparecieron entre las calles.

—La mezquita aljama de Bayyāna —dijo Qāsim con una mirada profunda y llena de recuerdos—. El corazón de la comunidad.

La fachada era sobria, de piedra caliza y tapial, y la armonía de sus líneas y la dignidad de su presencia imponían respeto.

El patio de la mezquita se abría bajo el cielo, rodeado por arcadas sencillas y columnas que proyectaban sombras finas sobre el pavimento. En el centro, una fuente dejaba caer un hilo constante de agua sobre una pila de piedra, donde varios hombres se lavaban manos, rostro y pies con gesto recogido.

—Fue construida en tiempos de ‘Abd al-Raḥmān II —dijo Qāsim en voz baja, como si no quisiera interrumpir la escena—. No solo para rezar, también como lugar de encuentro y de transmisión de saberes. Un centro de vida social y comunitaria.

Al fondo, desde la base de la torre cuadrada, se alzaban las notas largas de la voz del muecín. Los fieles, en pequeños grupos, se deslizaban hacia la sala de oración.

—El alminar está en el muro norte —dijo Qāsim, señalándolo con un leve gesto—. No es especialmente alto, pero su función no depende de la altura. La llamada se oye desde el zoco, y cuando comienza, todo a su alrededor parece hacerse a un lado.

Carmen observaba el tranquilo movimiento de los hombres que entraban y salían del oratorio, inmersa en la calma envolvente de la mezquita.

—Me sigue sorprendiendo pensar que este lugar, siglos después, será una iglesia —murmuró—. Cambiarán los rezos, las piedras se cubrirán de yeso y retablos... pero el edificio seguirá aquí, acogiendo a los fieles. El alminar, por ejemplo, dicen que aún permanece oculto bajo la torre barroca que se alza en mi época.

Se detuvieron bajo un pórtico lateral, donde un anciano enseñaba a unos niños sentados en el suelo. Recitaban en voz baja, repitiendo versos que apenas rompían el murmullo del agua.

—De niño me sentaba así, con las piernas cruzadas, aprendiendo de los sabios —dijo Qāsim—. Aprender de los mayores es un privilegio que uno valora más con los años.

Salieron al exterior de la mezquita y se quedaron un momento en silencio.

—Ven —añadió entonces Qāsim—. Hay otro lugar que quiero que veas, más antiguo y solitario.

Salieron de Baena y tomaron un camino que se elevaba entre campos ondulados, hasta alcanzar un cerro rocoso coronado por muros de piedra y una torre firme, de esquinas redondeadas. Desde allí, dominaba la campiña como un vigía inmóvil.

A medida que se acercaban, el perfil de la fortaleza se hacía más definido: torres menores flanqueaban la entrada, y un pasillo de acceso recorría el muro este, custodiado por saeteras.

—Esto es el Ḥiṣn que protege las lindes orientales del Califato —dijo Qāsim—. Un bastión de frontera que guarda los caminos entre al-Qabriyyīn y Bayyāna. Pero las piedras no fueron todas colocadas por nosotros. Esta estructura se alza sobre ruinas antiguas, tan viejas que incluso los ancianos solo las conocen por leyendas.

Carmen lo miró con asombro.

—Entonces... es Torreparedones —murmuró, reconociendo por fin el lugar que tantas veces había visitado en ruinas, ahora vivo y lleno de sentido.

Ya dentro del recinto, cruzaron el patio de armas. A un lado, se oía el martilleo de un herrero; más allá, una mujer recogía agua del aljibe, mientras los niños jugaban entre los establos y las cocinas. Las bóvedas del castillo se veían firmes, las torres estaban unidas por adarves y una brisa movía los estandartes con lentitud.

—¿Y quién manda aquí? —preguntó Carmen, observando los muros reforzados con sillares.

—Un *walī* al servicio de Córdoba, aunque no siempre fue así. Este cerro ha tenido muchos nombres y muchos señores. Los íberos levantaron aquí hasta tres murallas, más tarde llegaron los romanos y dejaron su huella en forma de columnas, cimientos y lápidas. Incluso en el aljibe —añadió, señalando la estructura rectangular con revestimiento rojizo— se hallaron urnas con inscripciones latinas; la más conocida pertenece a la familia de los Pompeyos.

Carmen se inclinó ligeramente, como si buscara en el fondo del aljibe una imagen remota.

—Hoy el castillo está en ruinas —dijo Carmen, con voz serena—, pero todo este cerro ha sido rescatado del olvido. Es uno de los parques arqueológicos más importantes de Córdoba. La torre sigue en pie, y ahora los visitantes caminan entre calzadas romanas, templos antiguos y restos como este castillo aún imponente.

Qāsim sonrió levemente.

—Mientras la piedra resista y haya personas dispuestas a cuidarla, esta maravilla seguirá viva.

Carmen volvió la vista hacia la torre, intentando grabar en la memoria aquella hermosa estructura.

—Es hora de continuar —dijo Qāsim rompiendo el silencio con suavidad—. Aún quiero mostrarte algo que transformó nuestra forma de cultivar esta tierra.

# CAPÍTULO 4.1.

## ALBENDÍN

Descendieron desde las colinas hasta la fértil vega del Guadajoz, donde el río, sereno y antiguo, serpenteaba entre sotos, huertas y campos sembrados. El camino se estrechaba a medida que se aproximaban a las orillas y el murmullo del agua se hacía más claro.

Fue entonces cuando la vieron al doblar un recodo del sendero: una gran rueda de madera girando con lentitud, mordiendo el agua con sus paletas y levantando en su ascenso pequeñas bocas llenas que vertían su contenido en un canal suspendido sobre pilares de piedra.

Carmen se detuvo en seco y la miró como si reconociera a una vieja amiga.

—¡Es ella! —exclamó—. Es la noria de Albendín. En mi época hay una réplica idéntica. Mis padres solían traerme a verla cuando era pequeña. Me fascinaba verla girar; tiene algo hipnótico.

Qāsim se acercó hasta uno de los estribos de piedra que sostenían el eje de la noria. Apoyó la mano sobre la estructura y siguió con la mirada el curso del agua por el canal, atento y en silencio. Luego giró levemente el rostro hacia ella.

—Es sabiduría antigua: técnica puesta al servicio de la necesidad. A esta rueda que gira sin descanso nosotros la llamamos *na'ūra*. Y no nació aquí: sus orígenes se remontan a tierras del este, a Siria, a los valles de Mesopotamia, a los ingenieros del Tigris y del Éufrates. Pero aquí, en al-Andalus, la perfeccionamos, la adaptamos a nuestros ríos y a nuestras necesidades. Y gracias a ella, esta tierra floreció.

Caminó unos pasos y señaló la azuda, esa presa baja que redirigía el cauce hacia un canal estrecho.

—Mira: todo empieza con la azuda, que sirve para guiar el agua. Su estructura de estacas, piedras y tierra desvía parte del caudal hacia el canalizo. El agua fluye entonces hacia aquí, donde se abre o se cierra la compuerta —el *aguatocho*— y, al golpear las paletas, pone en marcha la rueda. Sin animales ni esclavos que la hagan girar. Solo con la fuerza del río.

Carmen se acercó, observando cómo los cangilones —pequeños recipientes cerámicos sujetos al borde de la rueda— recogían el agua en su punto más bajo y, con el giro, la elevaban hasta verterla en un canal de piedra sostenido por una estructura elevada.

—¿Y ese canal?

—Se llama *añaquil*. Es como un acueducto pequeño. El agua vertida ahí es conducida por gravedad a través de acequias que cruzan las huertas. Así se riega toda esta vega. Cada parcela recibe su turno. Hay un calendario y un maestro de agua que lo supervisa. Todo está ordenado.

—¿Y esto es común?

—Mucho. Desde el Guadalquivir hasta el Segura, desde las vegas de Granada hasta los ríos menores como este. Las norias permiten regar tierras que antes eran estériles, liberando con ello muchas manos, pues la noria trabaja día y noche sin descanso.

Carmen se volvió, mirando los campos que se extendían más allá de la noria. Campesinos trabajaban los surcos, niños corrían por los senderos de tierra, y algunas mujeres llenaban cántaros en los canales. Todo giraba en torno a la gran noria de madera.

—Como ves, es el corazón de la alquería —dice Qāsim—. Donde no llega el río, llega la ingeniosa rueda. Gracias a estas norias, la agricultura deja de ser una simple forma de subsistencia y se convierte en una fuente de riqueza. Hacen posible el comercio, aseguran el abastecimiento de las ciudades y permiten incluso la exportación. Detrás de esta estructura hay una ciencia. Hay hidráulica. Hay ingeniería. Hay precisión en cada uno de sus movimientos.

—Y ese sonido... —dijo Carmen, señalando el chirrido monótono de los cangilones al verter el agua.

Qāsim sonrió.

—Es el gemido de la *na'ūra*. En árabe, ese nombre viene de *nawa'ra*, "la que gime". Ese quejido es su sello, su voz. Es parte del entorno.

—Y pensar que, siglos después, harían una réplica. Para que no se olvide —añadió Carmen, con un deje de ternura.

Qāsim asintió en silencio, la mirada aún puesta en el giro constante de los cangilones. Durante unos instantes no dijeron nada y permanecieron en silencio disfrutando de aquella melodía.

Al cabo de un rato, reanudaron la marcha.

# CAPÍTULO 5

## VALENZUELA

El sol declinaba lentamente, tiñendo de ámbar las lomas cubiertas de viñedos y olivares. El calor del día comenzaba a menguar, pero en el aire aún flotaba una tibieza persistente, como si la tierra se negara a soltar del todo la luz. La tierra, rojiza y fértil, estaba trabajada a conciencia.

Era evidente que no se trataba de un rincón olvidado: por todas partes había señales de vida. Un grupo de mujeres recogía hortalizas en una ribera, mientras unos niños acarreaban agua en cántaros desde una fuente que manaba entre juncos.

—Este lugar es Valenzuela —dijo Carmen, mirando el paisaje con un destello de reconocimiento—. Bueno, lo que hoy es Valenzuela. En mi tiempo hay un pueblo aquí, pequeño pero vivo. Tiene calles estrechas, una iglesia, casas blancas y una vista magnífica del campo...

—No me extraña —respondió Qāsim—. Esto está lleno de vida en nuestra época. No hay grandes fortalezas, pero sí muchas casas, huertas y talleres, con personas que saben trabajar la arcilla, el agua y el fuego.

Caminaban entre campos bien delimitados, y pronto dieron con un conjunto de edificaciones humildes. De su interior salía el humo blanco de los hornos, el eco del martillo golpeando la piedra, y el olor característico del barro húmedo.

Les recibió un hombre con manos ásperas y mirada serena. Vestía una túnica corta, teñida de ocre, y tenía los brazos manchados de arcilla hasta los codos.

—Paz a vosotros —saludó, sin dejar de girar la rueda del torno—. Venís con la última luz del día, y con ella también llega el momento de los detalles.

Qāsim inclinó la cabeza. —Buscamos aprender. ¿Podemos mirar?

El artesano asintió. A su alrededor se alineaban piezas en distintas fases: cuencos aún frescos, jarras torneadas y platos decorados esperando el vidriado.

—¿Cómo lográis esa perfección? —preguntó Carmen, maravillada.

—Es la arcilla quien lo permite, si uno sabe escucharla —dijo el hombre—. Hay que leerla con paciencia. Esta tierra nuestra, roja y terrosa, retiene la humedad justa. Primero la dejo reposar, luego la amaso bien, y solo entonces la llevo al torno. Después la dejo secar a la sombra, y cuando está lista, entonces la cocino.

Señaló un horno bajo, alimentado con ramas de olivo. A su lado, unas vasijas reposaban cubiertas de un barniz verdoso.

—Esto es vidriado —explicó—. Lo hacemos con plomo calcinado y arena fina, y a veces añadimos óxidos: cobre para el verde y manganeso para los tonos más oscuros. La mezcla se funde con el calor y crea esa capa brillante que protege y embellece.

Con una leve sonrisa, el artesano contemplaba las piezas, satisfecho con el resultado.

—No es solo para que se vea bonito. El vidriado hace que la pieza resista, que no absorba el agua. Por eso lo usamos en vajillas, pero también en azulejos y baldosas, para cubrir paredes y fuentes.

Se agachó y levantó con cuidado una de las piezas.

—Muchos piensan que esto es simple barro decorado. Pero detrás hay ciencia y mucha experiencia. Aquí mezclamos saberes antiguos: de Siria, de Persia, de Roma... Todo ha llegado hasta nosotros y lo hemos perfeccionado.

Otro artesano, más joven, se acercó con una bandeja de azulejos. En cada uno había dibujos geométricos de precisión exquisita. Círculos entrelazados, estrellas, hojas de parra estilizadas.

—A veces me dicen que esto es solo adorno. Pero no lo es. Cada línea tiene sentido. Es nuestra forma de honrar el orden de la creación.

—¿Y siempre usáis estos motivos? —preguntó Carmen.

—En las casas, sí, aunque en los objetos religiosos evitamos toda figura. Pero en lo doméstico se permite más libertad. No es raro encontrar peces, gacelas y pájaros. A veces, tallados en jofainas o lámparas.

Qāsim recogió uno de los azulejos con cuidado.

—Dicen que el arte es la forma que tiene una civilización de hablar consigo misma  
—dijo sin apartar la vista de la pieza.

Junto al horno, una mujer modelaba pequeños cuencos para el aceite. Tenía los dedos manchados de esmalte blanco y trabajaba con paciencia. La cálida y última luz de la tarde resaltaba las venas de sus manos, endurecidas por años de práctica.

Carmen la miró en silencio, tocando uno de los cuencos ya cocidos.

—En mi tiempo, se encuentran pedazos como estos por toda Valenzuela. Se estudian, se clasifican e incluso se intentan reconstruir. Pero sobre todo, se admiran.

—¿De verdad? —preguntó la mujer.

—Sí, en el museo local hay una vitrina entera dedicada a esta época, incluso con algunas monedas. Mucha gente acude a contemplar en primera persona estos pedacitos de historia.

En ese momento, otra mujer que había estado trabajando junto al torno los llamó con un gesto afable. Su delantal mostraba restos de harina y miel.

—Venid —dijo sonriendo—. El trabajo no se sostiene sin alimento. Hoy se sirve *amaniya* con *briwât*. No es un banquete de palacio, pero llena el alma.

Se acomodaron bajo una parra baja, listos para comer. El aroma era envolvente: carne enmelada con especias, nueces tostadas, y hojaldres crujientes rellenos de queso.

—Es cordero de paletilla —explicó la mujer mientras servía—. Lo embadurnamos con miel de romero y lo cocinamos con espliego, canela y azafrán. Después lo dejamos reposar con nueces por encima.

—Y esto... —añadió, señalando los hojaldres— son *briwât*. Rellenos de queso fresco con comino y perejil. El secreto está en freírlos rápido, para que crujan sin empaparse.

Carmen probó el cordero con lentitud, saboreando el contraste entre el dulzor y la intensidad de las especias. Cerró los ojos un instante. Luego tomó uno de los *briwât*, lo mordió con cuidado, y el crujido ligero de la masa dio paso al frescor del queso.

—Es espectacular cómo combina todo —murmuró, aún con la boca medio llena—. Dulce, salado, suave, intenso... todo a la vez.

Qāsim la miró de reojo, entretenido.

—La cocina andalusí es refinada —dijo Qāsim, mientras se servía un poco más de cordero—. Con la llegada de productos de Oriente, como el arroz, la caña de azúcar o las berenjenas, también trajimos nuevas formas de cocinar. Aprendimos a servir los platos por separado, uno tras otro, a cuidar la presentación, el ritmo en la mesa. Comer con elegancia se convirtió en una forma de mostrar cultura, de ejercer civilidad.

Tomó una pizca de comino del cuenco más cercano y la frotó con calma entre los dedos.

—Pero la cocina también es memoria. Cada especia y cada combinación vienen de lejos. Se perfeccionaron las vajillas, se mejoraron los hornos, se afinó el gesto de las manos. Todo cuenta: desde el barro del plato hasta el orden en que se sirve.

—Y mucho de eso aún se mantiene en mi época —dijo Carmen.

Mientras comían, el sol se hundía tras las colinas, y el cielo adoptaba un tono cálido, entre el cobre y el ámbar. Carmen alzó la vista, distraída por una forma en la distancia.

—¡Aquello es Cerro Boyero!

Qāsim siguió su mirada y observó el perfil de la meseta recortado contra la luz crepuscular.

—Sí. Es una antigua edificación de finales de la edad de Bronce. Era un oppidum túrdulo, una ciudad íbera fortificada.

Se quedó un momento en silencio, como repasando el paisaje.

—La meseta está fortificada. Las murallas se levantaron hace siglos, y aunque muchas piedras son antiguas, los hombres las han reforzado con otras nuevas. Hay torres de vigilancia y almacenes excavados en la roca. Los manantiales bajan por las laderas, y gracias a ellos cultivamos olivos, cebada y hortalizas.

Volvió la vista hacia Carmen.

—Desde ahí se ve toda la campiña del Guadajoz. Es un buen lugar para vivir... y un lugar difícil de conquistar.

Dibujó una leve sonrisa.

—Muchos han pasado por sus calles: túrdulos, romanos, visigodos... Nosotros solo añadimos un capítulo más a su historia.

Carmen apartó con suavidad el plato, y dejó que su mirada se perdiera hacia el cerro.

—Hoy es un yacimiento arqueológico —dijo sin apartar la vista de la fortificación—. Está protegido como Bien de Interés Cultural. Bajo esos olivos sigue durmiendo la historia. En una excavación reciente encontraron una cisterna tallada en la roca, como una bañera. También restos de hornos, monedas, escorias de fundición... Algunos lo llaman la Numancia cordobesa. Y no les falta razón.

Qāsim alzó las cejas, curioso.

—¿Numancia?

—Una ciudad que resistió hasta el final, y que ahora todos recuerdan.

Qāsim asintió en silencio, mientras el último rayo de sol acariciaba la ladera. El viento traía aromas de aceite caliente, tierra y hojas secas. Nada se movía, salvo las sombras, que lentamente se hacían más largas.

# FINAL

—Bueno —dijo Qāsim, alzando la vista hacia el poniente—. El sol ya se ha puesto, y pronto dará paso a la noche. Ha llegado el fin del viaje... y la hora de la despedida.

Guardó silencio, como si las palabras pesaran.

—He aprendido mucho contigo, Carmen. Y estoy seguro de que tú también has recogido cosas de valor en este camino.

Carmen lo miró emocionada.

—No quiero que termine —dijo en voz baja, casi temblorosa—. He visto cosas que nunca imaginé.

Qāsim sonrió con ternura. Su mirada era serena, pero también profundamente humana.

—Este viaje no termina al despertar, Carmen. Es solo el comienzo.

Sin que mediara más palabra, mirándola con una sonrisa cómplice, Qāsim dio un paso atrás. El contorno de su figura se desdibujó poco a poco, junto a todo el paisaje de alrededor, como si la luz y el viento lo arrastraran todo suavemente hacia otro lugar.

Carmen despertó.

Tardó unos segundos en reconocer de nuevo el lugar, pero el murmullo del Guadajoz la devolvió suavemente a la realidad.

Se incorporó despacio, aún desorientada, con la sensación de haber regresado de un largo viaje. Entonces notó algo en su bolsillo. Allí encontró un pequeño caballo de madera de olivo y lo reconoció al instante: era uno de los juguetes de los hijos de Muqaddam.

Lo sostuvo entre los dedos, sonriendo, y se puso de nuevo en marcha.